

# *VENTURA*

*Autor: Mobilis in Mobili*

El frío se colaba hasta llegar a sus huesos, haciéndole tiritar incontroladamente. Desde su escondite lo pudo ver todo, mientras dominaba el temblor y la rabia apretando los puños. Sin más ceremonias, el piquete se acercó a los tres patriotas atados a los postes y los soldados que lo formaban, ocultos bajo el aspecto siniestro y espectral que les daban los chacós y los capotes, descerrajaron a corta distancia una certera descarga cuando el capitán francés dio la orden. Los cuerpos estaban todavía calientes cuando los arrojaron como guiñapos dentro de una carreta.

Dominado por el miedo, el joven pastor esperó a que los verdugos abandonasen el lugar para dirigir sus pasos hacia Segovia. Caminó durante toda la noche, siguiendo bajo la luz de la luna senderos de plata que solo él conocía. La amanecida resquebrajaba el horizonte cuando alcanzó los arrabales de la ciudad. Arropado por las sombras, el muchacho llegó hasta la posada y golpeó la recia puerta con la señal convenida. La hoja se abrió lo justo para que su pequeño y delgado cuerpo, apenas un saco de huesos, pudiera pasar, deslizándose al tenebroso interior como lo hubiera hecho una escurridiza sabandija.

Dentro estaba oscuro y unos pasos sigilosos le guiaron hasta una sala donde se recortaban algunos rostros que parecían bustos de bronce azulado. Cohibido ante su presencia, se detuvo en medio de la estancia, cansado, hambriento y aun temeroso por lo que sabía que eran capaces de hacer algunos hombres.

- ¡Habla!

Aquella voz, grave y autoritaria, se mostró impaciente.

– Los han fusilado – Dijo sin más preámbulos.

La noticia provocó un revuelo de indignación entre los presentes.

- ¿Dónde ha sido?

La fuerza con la que formuló su escueta pregunta sirvió para acallar los airados rumores.

– En una apartada dehesa, don Ventura. Cerca de San Ildefonso.

El muchacho tragó saliva antes de continuar.

- Los mataron a los tres. A los dos señores cadetes y al *tío Lebreles*, mi paisano. Vi cómo cometían el crimen con estos ojos que Dios me dio.

La emoción que transmitían las palabras del muchacho impresionó a todos.

– El francés – continuó - ni siquiera les concedió la última voluntad del sacramento de la confesión.

– ¿Pudiste ver quién dio la orden?

– Sí - respondió con firmeza – Un oficial con uniforme rojo y verde al que llamaban *mesié capitén*.

- ¡Laval! – Exclamó Ventura. Un eco de voces repitió aquel nombre que se había hecho tristemente famoso en los últimos meses.

Eugène Laval, capitán de Cazadores de la Guardia Imperial, había llegado a Segovia con el grueso de las tropas napoleónicas que se acuartelaron en la ciudad, pavoneándose por sus calles a lomos de su lustroso caballo hannoveriano y luciendo un vistoso uniforme rojo y verde cubierto de entorchados. Cumpliendo las órdenes del duque de Arenberg, había perseguido a los oficiales y soldados españoles que intentaban unirse a los patriotas que combatían contra el ocupante francés, sin dar tregua a los guerrilleros que operaban por toda la provincia y que facilitaban su huida. Sus víctimas preferidas eran los oficiales y cadetes del Real Colegio de Artillería, institución militar con fuerte raigambre en la ciudad, a los que había diezmado impunemente, manteniendo prisioneros en el Alcázar a los que no habían resultado muertos o conseguido escapar. En poco tiempo se hizo célebre por la crueldad de sus métodos, haciendo méritos más que sobrados para ganarse el odio de los segovianos, sentimiento que superaba con creces al que tenían por el resto de las tropas invasoras.

– No podía ser otro.

Las luces del alba se filtraban por los vidrios sucios de los ventanucos y la voz tomó forma en un rostro que se hizo claramente visible, revelando unas duras facciones que

parecían cinceladas en un bloque de granito. La figura avanzó solemnemente hacia el muchacho, que fascinado mantuvo fijamente la mirada en aquel hombre.

– Gracias Manuelillo – Ventura puso su mano sobre el hombro izquierdo del joven, que se tambaleó ligeramente bajo su peso – Has sido muy valiente viniendo hasta aquí.

Abrumado por sus palabras, el pastor esbozó una leve sonrisa.

A esas mismas horas el sargento Briand le quitaba las botas de montar al capitán Laval en sus aposentos en el Alcázar.

– No creo que podamos acabar con ellos – El oficial pensó en voz alta mientras su asistente tiraba con fuerza del tacón y la puntera, ajeno a su reflexión.

Después de todo un día y una noche de servicio, Laval estaba agotado, aunque se encontraba tan alterado que la tensión acumulada le impedía quedarse dormido en la butaca donde estaba sentado. Su cabeza no dejaba de dar vueltas repasando mentalmente los últimos acontecimientos, sintiéndose frustrado. Los guerrilleros de la partida bajo el mando de aquel enigmático personaje al que llamaban Ventura se esfumaban como fantasmas después de atacar a los convoyes franceses de suministro o capturar los correos que se atrevían a recorrer los caminos. Furioso, había ejecutado a los últimos tres prisioneros que había capturado, dos cadetes del Real Colegio y un civil que los guiaba a través de un sendero por el Bosque de Riofrío. Les había sorprendido mientras intentaban contactar con los patriotas para unirse después a las fuerzas del general Castaños, como había declarado, indiscreto y desafiante, dejándose llevar por la vehemencia de la juventud, uno de los artilleros al ser capturado.

Laval había difundido un bando ofreciendo el perdón de los tres rehenes a cambio de cualquier información que permitiese la detención o la muerte de Ventura, dando por hecho que el líder guerrillero nunca se entregaría voluntariamente. El oficial francés jugaba a dos bandas. Si no aparecía nadie dispuesto a traicionar a su enemigo, cabía la posibilidad de que éste cometiese un error, forzándole a salir de su escondite en un intento desesperado por liberar a los prisioneros. Teniendo en cuenta esa circunstancia reforzó las patrullas en Segovia y en los alrededores de la ciudad, esperando atrapar al que se había convertido en su peor pesadilla. Sin embargo, las horas dadas de plazo transcurrieron rápidamente sin que se produjera la delación o el exceso de confianza que Laval hubiera deseado. Ventura, considerado un héroe por el pueblo, podía sentirse a salvo, aunque el eco de las botas francesas recorriendo el empedrado de las calles segovianas le hubiera obligado a mantener la cabeza fría y optar por permanecer escondido.

Aunque conservó una vaga esperanza hasta el último momento, el reclamo no dio resultado y a Laval no le quedó más remedio que cumplir con su amenaza. El fusilamiento de

los tres prisioneros en aquella dehesa azotada por el viento de noviembre fue un trámite incómodo que se apresuró a llevar a cabo con diligencia de cobarde, apartando a un lado el desprecio que sentía por sí mismo.

– Nunca los derrotaremos.

Laval pronunció aquellas palabras con la mirada fija en la titilante llama de la vela que iluminaba tenuemente sus aposentos en el Alcázar, mientras Briand le servía un plato con un poco de asado frío y una copa de vino, rojo como la sangre. Repantingado sobre la butaca de la que a los lados colgaban sus brazos inertes, la mente del oficial francés vagaba recordando en una ensoñación los acontecimientos que le habían conducido hasta allí. Atrás quedaban los gloriosos días de Ulm y Austerlitz cabalgando formando parte del estado mayor del Emperador, batallas que ofrecían un hermoso espectáculo, muy distinto a la contienda sucia, entreverada y despiadada en que se había convertido la guerra en España. Laval añoraba las victorias aplastantes, las deslumbrantes recepciones ofrecidas en los palacios de los príncipes derrotados, los banquetes con cubertería de plata que luego podían saquear a discreción, los hermosos y perfumados escotes de las elegantes damas que ejercían de anfitrionas de los apuestos oficiales franceses en los salones de las cortes europeas. Muy lejos de todo aquello, con el paso de los meses había acabado detestando el ambiente cuartelero del adusto Alcázar segoviano, tan bello por fuera como inhóspito por dentro. La esperanza en un cómodo destino italiano resultaba inalcanzable, mientras se consumía en una lucha diaria y barriobajera que había conseguido sacar lo peor de él.

– Dicen que el emperador en persona regresará al frente de un nuevo ejército con el que aplastará la resistencia de los malditos españoles.

En un intento por animar a su alicaído superior, el casi siempre discreto sargento Briand se atrevió a abrir la boca sin que nadie le hubiera pedido su opinión.

- ¡Tú qué sabrás!

Laval lanzó un puntapié que alcanzó de lleno el trasero de su asistente haciéndole trastabillar.

– ¡Cierra tu boca y límpiame las botas!

El capitán había conseguido conciliar el sueño cuando los cadáveres de los tres últimos fusilados llegaron a Segovia a primera hora de la tarde. Cumpliendo con sus órdenes fueron exhibidos por toda la ciudad para que sirvieran de advertencia y escarmiento. Los hombres se descubrían al paso de la carreta fúnebre tirada por un apesadumbrado borrico mientras las mujeres se santiguaban conteniendo las lágrimas y arropándose con los chales. La escolta francesa, con las bayonetas caladas, avanzaba entre un sordo rumor amenazador

que les intimidaba, pasando de represores a presas acosadas. Los soldados, con sus casacas salpicadas de salivazos, solo se sintieron a salvo cuando alcanzaron la seguridad que les proporcionaba la guarnición acuartelada en el Alcázar.

El duque de Arenberg contempló su sombría llegada desde la ventana de su despacho de la fortaleza, poniéndose de mal humor. Nunca aprobó del todo los métodos expeditivos de Laval, pero reconocía que le libraba del trabajo sucio y hacía la vista gorda con él. Atrapado en aquella guerra irregular en la que no se sabía muy bien dónde estaban fijados los límites, el coronel de origen belga casado con una sobrina de la emperatriz tan solo deseaba que las influencias de su joven esposa le pudieran rescatar algún día de aquel horror. Esperando ese momento que nunca llegaba, llegó a considerar como un mal menor ser capturado por los ingleses que se abrían paso desde Portugal, antes de que algún paisano le descerrajase en la entrepierna un tiro a quemarropa o le abriese en canal como a un cerdo con su navaja faltriquera, relatos que había oído contar a los soldados sin poder evitar un escalofrío.

Vestido como un labriego para no ser descubierto, Ventura asistió al paso de la renqueante carreta por la desierta Plaza del Salvador. Sus ojos se clavaron en el rostro desencajado de uno de los cadetes fusilados, cuyo cuerpo yacía boca arriba sobre el de sus dos compañeros de trágico destino. A pie firme y sin ocultarse, esperó hasta que salieron de la plaza, siguiendo con la vista su macabro recorrido mientras tanteaba las cachas de la faca oculta bajo la apretada faja carmesí, arriesgándose a llamar la atención de algún francés. Fue entonces cuando su mirada se iluminó intensamente, aunque se resistió a dejar escapar una sola lágrima. Así lo había prometido frente al cadáver de Martín, su hermano pequeño, cadete en el Real Colegio. Siguiendo el ejemplo de sus camaradas Daoiz y Velarde, Martín y algunos de sus compañeros de armas consiguieron apoderarse de un cañoncito que les servía para las prácticas y con el que pretendieron hacer frente a los franceses. Una violenta carga a caballo de los cazadores de la Guardia al mando de Laval sirvió para aplastar su resistencia. Los heridos y los prisioneros fueron rematados a bayonetazos.

Avisado de lo ocurrido, Ventura acudió a identificar a su hermano, apenas cubierto por una sucia manta de las que se utilizan para ensillar a las caballerías. Martín yacía junto a los cuerpos alineados de sus compañeros, sobre un charco de sangre oscura y pegajosa. Su cuello mostraba un profundo corte de sable que había empapado y oscurecido su uniforme azul marino. La expresión de su cara de adolescente era la misma que meses después le recordó la del cadete fusilado. Frente a los cuerpos, Laval se paseaba arriba y abajo como si se estuviera jactando del resultado de una exitosa batida de caza, compartiendo comentarios y

risotadas con otros oficiales franceses. Ventura buscó inútilmente la mirada del verdugo, que le esquivaba con indiferencia. Templando su ira, comprendió que acabaría matando a aquel engreído y malvado capitán que ni siquiera respetaba a los muertos, sin importarle que su venganza pudiera costarle la vida. Pero antes de que llegase ese día, se llevaría por delante a todos los soldados franceses que pudiera.

Después de enterrar a su hermano, Ventura abandonó casa y hacienda, llenó un par de alforjas, cogió sus dos escopetas de caza y el estuche con las pistolas de duelo y se echó al monte dejando atrás todo lo demás. En poco tiempo reunió una partida de leales guerrilleros, segovianos que en su mayoría tampoco tenían nada que perder, y al frente de los cuales extendió el terror entre los franceses a los que no dio tregua. Nadie conocía su verdadera identidad ni su pasado y las historias y rumores que circulaban sobre él contribuyeron a extender su aura legendaria. Camaradas y enemigos, todos le llamaban Ventura. En cada acción siempre dejaba libre a un prisionero al que daba el mismo mensaje para que lo transmitiera a su destinatario: “dile al capitán Laval que le mataré”.

Al principio, el oficial francés no dio demasiada importancia al asunto. “Un bravucón español, una *matasietes* embozado que no tiene agallas para decírmelo cara a cara”, proclamó creyéndose a salvo mientras se colocaba la pelliza sobre su hombro izquierdo. Pero cuando los ataques se convirtieron en una constante demasiado habitual que desafiaba a las tropas de ocupación, Laval consideró que debía tomarse aquella amenaza en serio. Cuando interrogaba a los liberados, todavía temblorosos y con los calzones desgarrados, todos repetían obedientemente el mensaje, señalando al mismo autor de la amenaza: “Ventura, el guerrillero”. A veces, Laval los abofeteaba.

La reiteración de aquellas palabras le llevó a ordenar la persecución sin descanso de la sombra que se escondía detrás de ese nombre de guerra. Sin embargo, en este caso no se trataba de aplastar a unos pocos muchachos que a pecho descubierto jugaban inconscientes a ser soldados. Los informes de los delatores, escasos y poco creíbles, no aportaban pistas fiables. Tampoco podía contar con la colaboración de los afrancesados, cada vez más atemorizados. Mientras tanto, en el revoque de las casas, en los muros de los palacios, de los conventos, incluso en los de la catedral de Nuestra Señora de la Asunción, comenzaron a aparecer de la noche a la mañana burdas pintadas que reivindicaban el nombre de “Ventura”, muestras de apoyo que los soldados franceses se apresuraban a borrar.

Mientras el guerrillero de hallaba en posesión de la paciencia de las piedras, Laval comenzó a ponerse nervioso, impaciente ante la falta de resultados. En ese juego Ventura parecía llevar ventaja sobre el capitán francés, que no podía evitar la extraña sensación de

que se estrechaba el cerco sobre él cuando tenía que ser al revés. Intuía que su enemigo estaba muy cerca, posiblemente a unas pocas calles, agazapado esperando el momento de saltar sobre él. De la misma forma estaba convencido de que el encuentro entre ambos se produciría tarde o temprano. Los hombres guiados por la venganza no tienen otro propósito en la vida. Laval, en cambio, tenía sus debilidades, por lo que no tuvo que esperar demasiado tiempo.

– Va a casa de la Marianela, a desfogarse.

Los dos estaban solos en la estancia de la posada que ambos conocían bien.

– ¿Estás seguro de lo que dices, Manuelillo?

– Sí, don Ventura. Lo he visto con estos ojos que Dios me dio.

Las palabras del muchacho eran tan veraces como siempre.

– El *mesié capitén* se quita el uniforme y va *tos* los jueves a verla, solo y sin escolta ninguna.

– Ya me contarás algún día que hacías tú por el barrio de San Justo en casa de Marianela.

– *Ná* – el joven pastor se encogió de hombros – Ayudarle.

Ventura le dirigió una mirada cómplice mientras su boca dibujaba media sonrisa amigable.

– Gracias.

El guerrillero extendió su mano para estrechar la del muchacho en un gesto que tenía algo de despedida.

– Déjeme ir con *usté*.

– No puede ser Manuel – el pastor mantenía aferrada su mano – No puede ser.

Aquel día era jueves.

La guardia apostada frente al Alcázar estaba acostumbrada a las escapadas nocturnas del capitán Laval y le franqueó el paso sin hacer preguntas. La tropa arremolinada junto a las fogatas se dio codazos y compartió comentarios chuscos mientras le vieron perderse engullido por las sombras de la noche sin luna. Vestido de civil y confiado en que nadie le reconocería bajo una capa, atravesó apresuradamente la ciudad desierta que las patrullas francesas nunca vigilaban por miedo a las emboscadas nocturnas. Los faroles de sebo apenas daban un pálido halo de luz difuminada que él evitaba buscando refugiarse al amparo tenebroso de la oscuridad. A esas horas no había nadie en las calles y a su paso sólo se encontró con un perro escuálido y sarnoso que le enseñó los dientes.

Confiando en su astucia, Laval se sentía seguro. El riesgo que pudiera correr aumentaba la emoción previa al encuentro con Marianela, y aunque sus sentidos permanecieran en alerta, el creciente deseo le hizo olvidarse de sus ambiciones frustradas, de la rutina de las obligaciones cuarteleras y de aquella maldita guerra. Sin embargo aquella noche, mientras pensaba en los encantos de piel canela de la meretriz que le aguardaba, le asaltó un incómodo desasosiego alentado por la sentencia que Ventura había dictado contra él. Desconocía el aspecto de su enemigo salvo por las vagas descripciones facilitadas por los soldados liberados, detalles con los que se formó una imagen que coincidía en gran medida con la que aparecía representado en las historias que se contaban sobre el guerrillero y en las que se le atribuían hazañas de todo tipo. Laval era consciente de que su percepción estaba influida por ellas, pero estaba convencido de que se habían visto en alguna ocasión.

El capitán recorría la calle Santa intentando recordar los rostros de todos aquellos personajes anónimos con los que había cruzado una mirada en los últimos tiempos, buscando un rasgo, un gesto que pudiera delatarle, cuando una figura encamisada salió a su encuentro desde las jambas de un portón que daba al huerto de una de las casas. Laval supo entonces que la premonición se había cumplido.

-¡Ventura!

La exclamación pronunciada por los labios del oficial francés no denotaba sorpresa. Era más bien la reacción espontánea que se experimenta cuando alguien se encuentra con un viejo amigo al que hace tiempo que no ve.

El guerrillero se adelantó unos pasos para ponerse bajo la luz de uno de los faroles. Fue entonces cuando la memoria de Laval le llevó hasta un lejano recuerdo que se remontaba a su llegada a Segovia. En apenas un instante contempló una rápida sucesión de imágenes en las que pudo ver de nuevo la hilera de cadetes muertos del Real Colegio, los paisanos reconociendo los cuerpos, las mujeres sollozando desgarradoramente mientras se mesaban los cabellos y la expresión cargada de odio de unas facciones que entonces ignoró.

Cada uno sabía quién era y no necesitaron más preámbulos. Ventura cargó contra Laval que sacó rápidamente dos pistolas que llevaba escondidas bajo la capa. El eco de un único disparo no se había apagado cuando el guerrillero se abalanzó sobre él sin darle tiempo a apretar el gatillo por segunda vez. La navaja se clavó hasta el mango en el pecho del capitán mientras sus ojos se abrían desmesuradamente.

– *Je suis mort* – Fue lo último que dijo antes de desplomarse.

Ventura retrocedió unos pasos ante el cuerpo sin vida de Laval. En ese momento sintió una punzada ardiente que le hizo doblarse de dolor. El guerrillero dejó caer de su mano



la navaja ensangrentada y su visión se nubló. Fue entonces cuando un cuerpo menudo se colocó bajo su brazo derecho impidiendo que cayera al suelo.

En medio del silencio de la noche el sonido del disparo y los ladridos de los perros asustados alertaron al cuerpo de guardia. Pero cuando los soldados franceses llegaron al lugar de los hechos tan solo encontraron el cadáver de Laval. Temerosos y confundidos en un terreno que les resultaba hostil, cargaron con el cuerpo sin percatarse del rastro de gotas de sangre que se alejaba calle abajo.

Los fugitivos se arrastraron a duras penas hasta encontrar refugio en un sitio seguro. Tumbado sobre un lecho de paja, el guerrillero respiraba con dificultad. A su vera, el muchacho todavía jadeaba por el esfuerzo de traerle hasta allí mientras secaba la frente perlada del herido con un trozo de tela rasgado de su blusón y taponaba con su propia mano el agujero por el que a Ventura se le escapaba la vida.

- Voy a buscar ayuda.

El joven hizo amago de levantarse pero el guerrillero empleó sus escasas fuerzas en agarrarle por el brazo, al mismo tiempo que movía negativamente la cabeza.

– Manuelillo – le dijo sin soltarle – Manuel – Ventura quiso dejar claro que hablaba con un hombre – Quédate a mi lado y reza por mis pecados.

No hubo tiempo para más.

El anciano se sonó ruidosamente con un moquero arrugado que sacó de unos de los bolsillos de su chaqueta de pana negra. Sin soltar la pluma y con la boca entreabierta, el gacetillero se ajustó sus lentes sobre el puente de su prominente nariz y comprendió que la entrevista había finalizado. A esas horas el Café Columba estaba animado y el olor a chocolate y suizos recién hechos se extendía por el local. Ajeno a todo aquello, el anciano apuró de un trago su copa de anís y se levantó ayudándose de su bastón.

– Ahí tiene la historia que ha venido a buscar – El anciano señaló con su barbilla mal rasurada las cuartillas en las que el cronista había tomado sus notas. – Todo lo vi con estos ojos que Dios me dio.

FIN